

El movimiento de traducciones en Francia

FUERA del esfuerzo propiamente creador en las letras y las ciencias, movimiento cuya actividad crece constantemente, Francia ha debido asumir, desde fines de la guerra un trabajo de centralización y concentración cada día más importante. No hablo solamente de la anexión literaria de Bélgica y Suiza; de la aparición, en nuestra literatura, de las colonias, hasta de las de raza negra; de los movimientos que en Egipto, Turquía, Salónica, Canadá y en dos Estados norteamericanos, han creado una prensa francesa y ediciones francesas, y hacen del francés el idioma literario natural a ciento cincuenta millones de hombres. Este movimiento es de simple asimilación y no exige esfuerzo alguno. Pero existe una serie de pueblos muy afectos a su propio idioma, y que sin embargo necesitan de un idioma cultural merced al cual puedan tener en la mano todas las ideas y todos los instrumentos de la civilización. En este dominio, el francés ha sido preferido al inglés y al alemán por las razones siguientes.

Los países de Europa Central—Polonia, Checo-eslovaquia—se han desprendido de Alemania por razones políticas. Otros países, bien que aliados políticamente con Alemania durante la guerra, han visto triunfar a los francófilos después de la guerra: es el caso de Bulgaria y Turquía. Amenazas de agudos conflictos apartan del idioma inglés a Persia, China y Japón. El parentesco de idioma ha acentuado aún el influjo del francés en los países de habla española. En fin, en los libros de ciencia y de técnica, la antigua superioridad de Francia es acrecentada por su sistema de medidas, infinitamente más prác-

tico que el sistema inglés. Pero, para que el idioma francés baste, es preciso que pueda introducir también a los que lo practican en la cultura de los demás países, antiguos y modernos. A este anhelo corresponde el actual movimiento de traducciones.

Para la literatura antigua, se ha fundado una sociedad bajo el nombre de *Société Guillaume Budé*. Ha confiado a los eruditos más eminentes la obra de los principales autores de la antigüedad. La traducción de la *Odisea* por Víctor Bérard, que mejoraba infinitamente la inteligencia histórica y crítica del texto, siendo al mismo tiempo joven y viviente tanto como cualquier obra moderna, ha sido un acontecimiento literario europeo. Una obra tan hermosa y tan fuerte, cuyo éxito fué menos ruidoso porque su realización fué progresiva, ha sido la traducción de las obras de *Esquilo* por Paul Masson, profesor en la Sorbona. (Recordemos que Paul Claudel había ya traducido, sin estudio crítico del texto, los dramas de Esquilo.) Publicado hasta ahora sólo en edición de lujo, el *Hesiodo* de Paul Masson va a salir pronto en edición corriente, y será estimado también como una obra maestra. La traducción de las obras de *Platón* ha sido emprendida colectivamente. La de Platón hecha por Víctor Brétier será considerada justamente una de las más importantes obras de erudición filosófica.

Para los autores latinos, la labor habrá sido más fácil, pues, de 1840 al 90, más o menos todas las obras maestras latinas habían sido traducidas por sabios de nota, buenos escritores por lo demás. Pero esta adaptación a la ciencia moderna no habrá sido sin embargo inútil.

Naturalmente, fuera de la *Société Guillaume Budé* otros y muy hermosos esfuerzos para la traducción de las obras antiguas, merecen ser señalados. Es así como Paul Desjardins, si ha aceptado sencillamente el texto griego establecido por otros críticos, ha dado una traducción de *Teócrito* de excepcional vigor, vuelo y vida, muy digna del modelo. Thiery Sandre ha traducido parte de *Atenea*; el filósofo Appuhn concluye una magistral traducción de Spinoza. Presentadas a voluntad el fran-

cés solo o el francés con el texto griego al frente, estas traducciones están adaptadas a los conocimientos de los que no saben de la antigüedad, lo mismo que de los que, sin poseerlas a fondo, desean sin embargo gozar algo de los idiomas antiguos.

Más o menos en el mismo orden de ideas, se ha emprendido en Francia un movimiento importante de traducciones asiáticas. Es preciso reconocer que, sobre este punto, Francia ha permanecido largo tiempo muy atrás de Alemania e Inglaterra. Se recuperará sin duda pronto este retraso, ya que, además del *Mercur de France* que había empezado antes de la guerra, los editores *Plon*, *Delagrave*, *Piazza*, *Au sans Pareil*, *Rieder* y *Delpeuch*, para citar sólo los editores puramente literarios, han emprendido colecciones chinas y japonesas. Pero naturalmente, la casa más importante para esta clase de ediciones es la librería *Geuthner* que presenta en la forma más científica las traducciones y las obras de los eruditos. La *Antología del Ku-Wen chino* dada este año por Georges Marguliès, ya célebre, ofrece la particularidad de haber sido hecha en francés por un ruso: buen ejemplo del hecho que el francés se está acercando a ser el idioma común de la cultura occidental.

En cuanto a la traducción de obras modernas, el impulso ha sido casi siempre dado por grandes escritores.

André Gide, por ejemplo, ha sido el primero en emprender, basándose en las traducciones inglesas hechas por el mismo Tagore, la traducción de *La ofrenda lírica*, lo que después ha hecho posible la traducción de las otras obras de Tagore directamente del texto bengalí. André Gide ha sido también uno de los introductores del místico inglés *William Blake*, y el director de las traducciones de la obra de *Conrad*.

En América se debe conocer sobre todo, naturalmente a Valéry Larbaud, traductor, para el inglés, de Samuel Butler y de Savage Landor, director, para el español, de las traducciones de las obras de Gómez de la Serna y del argentino Ricardo Güiraldes.

Los mayores progresos se han realizado en el dominio de las

traducciones de la literatura rusa. Los alemanes hasta ahora nos habían ganado mucho terreno; pero la casa editorial *Bossara* ha emprendido una colección de todas las obras maestras de la literatura rusa, cuya traducción es seriamente controlada. Las casas Rieder y Plon, sobre otros autores rusos, han hecho esfuerzos análogos, que comprenden la literatura viva, con Chekov y Máximo Gorki.

Uno de los signos del éxito de esta fórmula: *idioma francés, vehículo del pensamiento mundial*, es el éxito de la revista *Europe*. Aunque su texto esté compuesto, por más o menos una tercera parte, de traducciones de crónicas extranjeras, 33% de sus suscriptores son extranjeros, que además compran regularmente unos 4000 ejemplares de cada número.

Los inmensos progresos realizados en Francia por la lingüística, al impulso de Antoine Meillet, los progresos de la escuela de idiomas orientales vivos, de los institutos de idiomas eslavos y escandinavos, habrán contribuido sin duda a la organización de esta situación nueva, que ha venido a consagrar la instalación en París del Instituto de Cooperación Intelectual.

JEAN PREVOST.